

El viaje

Hoy me he despertado con una paz interior poco usual. Normalmente tengo la cabeza llena de preocupaciones desde la primera hora de la mañana. Pero hoy mi cabeza estaba vacía. Era como un libro en blanco. No me sentía ni triste ni feliz. Me sentía en paz.

Me desperté a la hora de siempre con la alarma del móvil. Me metí más dormida que despierta en la ducha porque sabía que si no lo hiciera estaría medio dormida las próximas dos horas. Como no tenía nada de hambre, metí unas galletas y un yogurt en el bolso y antes de salir miré si Julio, mi perro, tenía suficiente comida y agua. Estaba igual como había dejado ayer por la tarde. Me pareció extraño que Julio no hubiese comido nada. Quizás estuviese enfermo.

Después de buscarlo por casi toda la casa, por fin, lo encontré tumbado en el salón mirando por la ventana. Parecía triste. No me acordaba de haberlo visto tan triste. Me miraba como si algo no fuera bien. Ladró dos veces y volvió a mirar por la ventana. Tuve muchas ganas de sacarlo de casa, pero no podía porque tenía que ir al rastro antes que se hiciera demasiado tarde. A la vuelta estaba segura que podría pasar toda la tarde con Julio en el parque.

En la parada de autobuses había bastante gente para un domingo. Cuando el autobús paro para nosotros, dejé que toda la gente pasase delante de mí. Siempre me gusta ser una de las primeras en meterse en el autobús pero hoy por la mañana como era un domingo, me daba bastante igual. El conductor por su parte no tenía tanta paciencia aunque fuera domingo. Tuve que entrar muy rápido porque si tardará medio minuto más el hombre cerraría la puerta en mi cara y se marcharía sin más. Me tranquilicé y pensé que él tenía un mal día porque no hizo la menor mención de mirar mi billete. Le pregunté si quería mirarlo ya que la máquina estaba rota, pero el pobre hombre siguió conduciendo sin dirigirme la palabra. Era como si yo no estuviera allí parada mirándole. Hasta que me cansé y me senté sola al final del autobús.

Media hora más tarde bajamos casi todos del autobús en la parada del rastro. Como eran las doce de la mañana y la calle principal estaba llena preferí hacer la vuelta por fuera hasta la calle de

la pintura. Iba a comprar algo a mi hermana que se acaba de mudar a un piso con mi sobrina después de un difícil divorcio. La casa nueva era preciosa, pequeña y acogedora como ellas necesitaban. Sólo tenía un pequeño defecto las paredes estaban desnudas, necesitaban de vida y yo estaba segura que podría encontrar en el rastro unas bonitas pinturas para regalar.

Cuanto entré en la calle percibí que apenas unos pocos sitios estaban abiertos. Miré lo que estaba expuesto en el primero. Encontré una pintura de la plaza mayor en blanco y negro. Era bonita pero poco alegre así que decidí seguir mirando los demás sitios. En el segundo, no encontré nada. Sólo habían pinturas de paisajes en el campo o de naturaleza muerta que la verdad no llego a gustarme. Y en los demás sitios cuando no encontraba pinturas muy parecidas con las del segundo sitio, encontraba arte moderna que nunca he sido capaz de comprender. Decidí entonces volver al primer sitio y echar otro vistazo a la que me había gustado. Encontré un señor parado mirándola detenidamente. Él pregunto a la chica encargada de la tienda cuanto costaba y ella muy rápidamente contestó. Viendo que el hombre tenía interés por la pintura, le comenté que también me había gustado y que la buscaba para un regalo. Él siguió callado algunos minutos absorto en sus pensamientos y yo cansada de esperar que me contestará dije a la mujer que llevaría la pintura de la plaza mayor. Entonces el hombre que parecía ignorarme regateó un descuento y la mujer lo acepto. Yo sin comprender lo que pasaba le dije otra vez que la compraría. Pero ella como el hombre me ignoró. Empaquetó y cobró tan rápido cuanto contestó la pregunta, y más rápido aún fue el hombre en marcharse sin mirarme en ningún momento. Además si no me hubiese quitado del medio estoy segura que él me había atropellado.

Me sentía tan ofendida por ser ignorada por los dos que marché y decidí que en otro momento compraría el regalo a mi hermana. Me iría a casa a sacar Julio de paseo y leer el último capítulo del libro que me hermana me había regalo el mes pasado por mi cumpleaños. En el parque con Julio nadie podría hacerme daño.

A la vuelta a casa he tenido la mala suerte de coger el mismo conductor en el autobús que de la ida. Él seguía de mal humor porque hizo lo mismo que la otra vez, pero esta vez decidí no

ofenderme. No quería que nada más me afectará. Llegué a casa antes de lo que imaginaba y encontré mi perro tan triste como lo dejé. Seguía tirado en el salón pero ya no miraba por la ventana. Dejé mi bolso y cogí apenas mi billetera y el libro. Busqué la correa en el cajón de cosas de Julio, busqué en la cocina, busqué en el salón y no pude encontrarla. Intenté acordarme de la última vez que la había puesto, pero por algún motivo no era capaz. Mi cabeza estaba en blanco, no sabía que había hecho ayer, ni dónde había ido, ni qué había que comido... Había un vacío.

Julio por fin reaccionó y se puso delante de la puerta de casa como siempre hace cuando le apetece dar un paseo. Entonces decidí que le sacaría sin correa porque era muy dócil y no representaba ningún peligro a los demás cuando no llevaba en sus paseos.

Llegamos al parque en cinco minutos. Vivíamos casi al lado. Dentro del parque caminamos más una media hora y de pronto nos sentamos en el jardín. Terminé de leer el libro y después me tuve a mirar la nubes. Julio seguía tristón y yo no sabía muy bien que hacer. Quizás se estuviese poniendo enfermo. Mañana a la primera hora le llevaría al veterinario pues si acaso. Julio era muy importante para mí, era mi mejor amigo y no le dejaría pasar nada.

Cuando estábamos casi saliendo del parque para volver a casa pensé que no sería mala idea pasar por la casa de mi hermana y agradecerla otra vez el libro. Además a mi sobrina le encantaba jugar con el perro así que no tendría ni que pasar por casa. Unas tres manzanas después de mi casa y de muchas miradas de extrañadas de la gente a nosotros porque Julio no llevaba la correa, llegué al piso de mi hermana y entré sin problemas porque el portal abierto. Subimos las escaleras hasta la segunda planta y para mi sorpresa la puerta del piso de mi hermana estaba completamente abierta. Julio se metió dentro de la casa como si fuera la suya, solía hacer esto en todas las partes. Casi siempre yo estaba detrás peleando para que no lo hiciera.

Al entrar en el piso encontré mi hermana llorando y mi sobrina mirando por la ventana con la misma cara triste que llevaba Julio por la mañana. Mi hermana vino caminando en mi dirección y de pronto pasó por dentro de mí. Fue la sensación más rara que había experimentaba. Te pronto caí en mí que mi enfermedad e había afectado antes de lo imaginaba y que había muerto. Por eso, tenía

la sensación de paz por la mañana y no sentía ningún dolor en todo el día. Una parte de mi sintió alivio de saber que no había sido ignorada por lo demás todo día. La otra parte sintió desesperación por no poder contar a mi familia que había dejado todo listo para este día.

De pronto Julio me miró y se sentó a mi lado. Fue entonces que tuve la idea, mi perro era el único que me veía así que yo podría guiarle hasta mi casa y hasta el cajón donde tenía las cosas que necesitaba entregar para mi hermana.

Me bajé y me puse muy cerca de su oreja y le dije al oído, <<Tu eres el único que ve. Necesito que lleve María y Ana a casa. ¿Lo puedes hacer guapetón?>>. Julio ladró como si fuera una persona y hubiese comprendido por completo lo que le había dicho. María, mi hermana, le miró muy bien sin comprender lo que pasaba. Entonces Julio caminó en dirección a la puerta de salida y ladró otra vez. <<Mama, creo que quieres que le sigamos.>> dijo mi sobrina, Ana. <<Muy bien. ¿Dónde vamos Julio? ¿Al piso de mi hermana? Acabó de venir de allá.>>. Julio no parecía comprenderla como a mí. Seguía ladrando para que ellas viniesen detrás de nosotros hasta casa.

Más tarde en casa, me dí cuenta de que había muerto ayer mientras dormía. Qué mi hermana había estado hace nada en casa y que ya había llevado mi cuerpo. Algunas cosas estaban fuera de su sitio, pero lo más importante seguía allá y nadie había visto. <<Julio ven aquí. Quiero que enseñes a María la caja que debajo de la cama.>> Nada más decirlo empezó a ladrar en mi habitación hasta que ellas vinieron mirar. <<¿Qué quieres enseñarme?>> pregunto María. Y Ana fue más intuitiva y bajo a mirar debajo de la cama. <<Mira mama una caja.>> dijo mi sobrina.

María sacó la caja de debajo de la cama. La reconoció nada más mirarla. La habíamos hecho cuando éramos niñas. Yo tenía doce años y ella nueve años. Era nuestra caja de secretos. Yo la estuve guardando todos estos años y ahora quería ella se la quedase con todo lo había dentro.

<<Hola hermanita, quiero que me perdone por haber dicho nada sobre mi enfermedad. Nunca quise preocuparte y hacerte sufrir más de lo que ya estabas sufriendo con tu separación. El cáncer me estaba matando y sabía que pronto pasaría esto. Quiero que Ana y tu cuiden de Julio. Seguro

que estará pasando falta como vosotros. Estaba siempre pegado a mi cuando desde cachorrito. Y sepas que todo lo que necesitas está en caja. Nuestra caja de los secretos. Dejó mi piso, el coche y todo el dinero que tengo para ti. Está todo dentro de nuestra pequeña caja. Prométame que cuidarás muy bien de Ana. Velaré por vosotras este dónde este. Te amo.>>

María se puso a llorar abrazada a la caja y dijo <<Tu como siempre con tus notas. Te lo prometo.>>.

- - -

Seudónimo: Luis